

La devaluación del peso mexicano

Después de una ola de rumores sobre posible devaluación del peso mexicano —negada en múltiples ocasiones por las más altas autoridades del gobierno— se puso en flotación el peso mexicano, como consecuencia inevitable de la sobrevaluación a que había conducido la inflación acentuada durante los últimos años. En esas condiciones, la flotación significaba prácticamente una devaluación.

Ya desde hace varios años era observable cómo el sostenimiento del tipo de cambio de 12.50 pesos mexicanos por un dólar, era crecientemente artificial. En efecto, conforme la inflación interna avanzaba más rápidamente que la de Estados Unidos, el peso mexicano se sobrevaluaba, con lo que resultó una ventaja monetaria para importar. En consecuencia de ello y frente a una entrada de divisas *insuficiente*, los déficits en la balanza de cuenta corriente se agudizaban paulatinamente: de 1954 a 1958 el déficit acumulado fue de 597.2 millones de dólares; para el quinquenio 1959-1963 el déficit se había elevado a 916.5 millones de dólares; de 1964 a 1968, hubo un mayor incremento de dicho déficit que lo elevó a 2,100.9 millones de dólares; de 1969 a 1973, se llegó a 4,649.4 millones de dólares y, en los dos últimos años, el fenómeno se había acentuado a proporciones inquietantes: 6,327.0 millones de dólares.

Si pese a esta situación, el peso mexicano no se había devaluado, era debido a la recurrencia, en forma creciente, de préstamos externos provenientes de grandes bancos y empresas trasnacionales.

En efecto, la industrialización del país hecha a base de la sustitución de importaciones, modifica tanto la forma de la dependencia económica como su carácter al hacerla más compleja. A su vez, la política de puertas abiertas al capital de las grandes empresas monopolísticas, ha favorecido no solamente una mayor propensión a las importaciones sino que también ha facilitado la proliferación de prácticas típicamente monopolísticas que realizan las grandes empresas trasnacionales. En suma, la devaluación del peso mexicano está originada estructuralmente en el carácter dependiente de la industrialización mexicana, así como en el carácter monopolístico crecientemente acentuado por la absorción y fusión de empresas de capital nacional a grandes conglomerados trasnacionales. La creciente monopolización de la economía mexicana facilita por un lado la evasión fiscal y, por el otro, las empresas monopolísticas pueden trasladar a los consumidores o a sus trabajadores, los aumentos de la carga fiscal cuando el Es-

tado les eleva los impuestos. De ahí que otra razón importante de la devaluación sean los aumentos del gasto público sin el suficiente incremento de sus ingresos.

En un marco como el que brevemente se ha descrito, no hay mucha tela de donde cortar: evitar la devaluación es una medida perjudicial, llevar a efecto la devaluación es, asimismo, perjudicial. En estos momentos, la economía mexicana se está "ajustando" a la situación creada por la devaluación, cuyas consecuencias se dejan sentir en un mayor aumento de los precios del que había antes de la devaluación, y en una inseguridad económica ligeramente acentuada por el cambio de administración gubernamental. Se observa, a su vez, una disminución real de los ingresos de los trabajadores en virtud de que los aumentos salariales no compensan los incrementos habidos y por venir de los precios. Las ganancias temporales del sector exportador derivadas de la devaluación se concentran en manos de las transnacionales que controlan cada vez más las exportaciones del país. En síntesis, la devaluación pone a flor de piel, en forma cruda, los problemas estructurales de la economía mexicana. Y no sólo eso, también los acentúa: una mayor inflación, una mayor concentración de la riqueza, del ingreso y del capital, una mayor especulación, cierta inestabilidad que agrava la falta de inversión y, por lo mismo, el insuficiente aumento en el volumen del empleo.

Las recientes medidas dictadas por el Fondo Monetario Internacional en el sentido de disminuir el gasto público, de hacer el crédito interno más selectivo, de control de salarios, etcétera, hacen pensar en la posibilidad de una futura contracción económica. Esta, hasta 1976, se había manifestado sólo en una disminución de la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto. Si a esos factores le sumamos el creciente desorden del sistema monetario internacional, la generalización de la depresión económica que afecta al capitalismo en estos días, la incapacidad estructural de la política fiscal mexicana para poder captar mayores ingresos a efecto de facilitar el gasto público, la falta de control popular sobre el mismo —lo que facilita manejos burocráticos no siempre honestos—, la falta de participación popular —en especial, de los trabajadores— en el control de los precios y de las ganancias extraordinarias de las empresas, no debe haber duda que, en años venideros, se lleven a efecto nuevas devaluaciones. A nuestro entender, el peso mexicano no volverá a tener otros veintidós años de estabilidad en la paridad cambiaria.

EL COMITÉ EDITORIAL.

Octubre, 1976